

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 700 – Viernes 2 de Diciembre de 2022

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **O todos culpables**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Victimización política con perspectiva de género**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **Secuestro del Parlamento**, *Rafael Nieto*
- ✚ **Hungría, la centinela de Europa**, *Rodrigo Ballester*
- ✚ **¿Estamos ante el fin de la Cristiandad?**, *Miguel Ángel Quintana Paz*
- ✚ **Salvar al soldado Salvadó**, *Ignacio De Pano*
- ✚ **Aznar: «Hoy España está en una encrucijada, en una crisis constitucional»**, *José Barros*

O todos culpables

El culpable de esta sostenida entrega de España a la indignidad es Sánchez, su Gobierno, sus parlamentarios, sus barones autonómicos y quienes los apoyan por un beneficio

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

El magistrado y vocal del CGPJ José María Macías viene manifestándose, libre y responsablemente, sobre cuestiones que atañen al alto órgano al que pertenece. Primero opinó en una mesa redonda, mayo de 2021, que «el Gobierno pretende desactivar el poder judicial para desactivar el sistema democrático y a través de ello impulsar un cambio de régimen». En septiembre de aquel año afirmó: «El Gobierno no tiene la menor intención de adecuar el marco normativo español a lo exigido por Europa». Posteriormente, ya en septiembre de 2022, en el Foro Judicial Independiente el portavoz de Justicia de Podemos y secretario general del PCE, Enrique Santiago, citó críticamente a Macías por sus declaraciones en las que responsabilizaba al Gobierno «del estropicio a la Justicia». Además, el abogado comunista sostuvo que «hay una coordinación entre el PP y ese grupo



del Poder Judicial (el denominado sector conservador) para evitar el cumplimiento constitucional».

Ningún miembro del llamado sector progresista protestó cuando la vocal del CGPJ, Pilar Sepúlveda, progresista ella, manifestó su apoyo al indulto de Griñán cuya condena acababa de ser avalada por el Tribunal Supremo. El caso de la piel fina o gruesa, lágrimas más o menos, según de qué y para qué, no es sólo cosa de Irene Montero cuando acusa de machismo a una diputada, o sea mujer, que acababa de decir, probablemente pasándose y dando argumentos de defensa a la ministra, lo que comparten muchos españoles, pero nuestra lideresa de la igualdad asumía y entendía el machismo de su pareja, un hombre, que dijo lo mismo de Ana Botella y también la ministra olvidó el deseo de ese mismo político de maltratar a una periodista hasta hacerla sangrar. Irene Montero inmediatamente tildó de fascistas a los diputados de la derecha, pero por lo visto eso no se considera un insulto y llamar fascistas y machistas a los jueces tampoco. Teniendo en cuenta el amplísimo porcentaje de mujeres en la judicatura el insulto es un esperpento. Está claro que el ministerio de Igual-dá sólo defiende a las mujeres que piensan como su titular.



La ley del embudo tan normalizada en Podemos.

La desaparición por la puerta de atrás del delito de sedición, unido en el caso de los condenados por el intento golpista independentista catalán al de malversación de caudales públicos, dejará libres como pajaritos a quienes ya han afirmado (Jun-

queras entre ellos) que la próxima declaración de independencia «será menos costosa» y presionan a Sánchez para que haya un Tribunal Constitucional «sin jueces fascistas anticatalanes». Los deseos de ERC son órdenes para la Moncloa.

Sánchez ha instaurado la mentira como hábito de gobierno. Ganó la moción de censura por la manipulación de una sentencia debida al juez De Prada como más tarde concluyó el Tribunal Supremo. («De Prada y Rosell no cumplen con la apariencia de independencia que debe tener el CGPJ», señaló José María Macías). En aquella moción faltó el programa detallado que el candidato se comprometía a aplicar; era tal el lío de sus apoyos que no era posible presentar un programa coherente más allá de echar de la Moncloa a Rajoy. Cuando convocó elecciones no cumplió ninguna de sus promesas electorales; en 24 horas pactó con quien dijo que les quitaría el sueño a él y a los españoles; luego pactó con Bildu –«¿Cuántas veces quiere que le repita que nunca pactaré con Bildu?»– Y ahora es su socio preferente.

Sánchez es un mentiroso patológico. Hace tiempo que vengo suponiéndole otras patologías pero no soy un experto. Lo cierto es que cualquier español de cualquier ideología sensata no podía suponer que viviríamos la realidad

que padecemos hoy, ni siquiera en tiempos de Zapatero, el maestro Ciruela de Sánchez. Asistimos al desmontaje gradual pero acelerado del modelo de Estado que marca la Constitución, desde la división de poderes a la esencia de la Monarquía parlamentaria. No es un secreto, y los ciudadanos viven, sienten, leen y piensan, se puedan equivocar o no, que aparentemente nunca un Rey ha sido tan presionado como ahora, incluso en asuntos más cercanos a su intimidad como puedan serlo las relaciones entre un padre y un hijo. Un sabio amigo mío, que no es maestro Ciruela sino prócer universitario, sostiene que cuanto más se fortalece el papel de Podemos y de los socios independentistas catalanes, más se presiona a la más alta autoridad del país, acaso para hacerle pagar el patriótico, oportuno y valiente discurso del 3 de octubre de 2017 tras la ilegal declaración de independencia de Cataluña.



Y no pasa nada. Siempre pasa nada. El PP pidió que se retratasen los diputados socialistas al votar por llamamiento la iniciativa parlamentaria-trampa que llegó al Congreso de los Diputados, sin informes previos y por una vía indecente, el fin del delito de sedición. Ahora Feijóo tiene una responsabilidad añadida de cara a las elecciones de mayo y a las generales: publicar en los medios provinciales y regionales los nombres y fotografías de los diputados que tan gozosa y vocingleramente gritaron su sí a ese atropello democrático. A ver cómo lo explican. Para el PP ese debería ser un eje de campaña. Basta ya de engaños y manipulaciones. Los españoles están en silencio o no, pero votan.

El culpable de esta sostenida entrega de España a la indignidad es Sánchez, su Gobierno, sus parlamentarios, sus barones autonómicos y quienes los apoyan por un beneficio. Sin una denuncia suficiente y sostenida de la alternativa, todos seremos culpables. Mirar para otro lado, el buenismo, ya no es opción.

Victimización política con perspectiva de género

«Esta operación para transformar a Irene Montero en mártir transcurre de forma coetánea a la lapidación pública de Pablo Motos emprendida por Igualdad»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio

Lo de la perspectiva de género es una cosa maravillosa. Es tan ambivalente como la violencia política, que lo mismo sirve para justificar un linchamiento político-mediático como para condenarlo, en función del carné del partido del linchado y del linchador. Un líder progresista puede

permitirse llamar fascista, machista, franquista, saqueador o corrupto a cualquier miembro de un partido del centroderecha. También puede atemorizar a los hijos de políticos organizando escraches a sus padres en las puertas de su casa. O incluso ridiculizar a una ministra de Exteriores señalando que sufre alguna secuela psíquica tras haber sido tratada de un cáncer.

Pero absténganse el resto de realizar actos equiparables o utilizar expresiones equivalentes, porque ellos no toleran que se les prescriba la misma medicina que recetan alegremente al resto: en el combate por la monopolización del debate público, ellos han sido, son y serán siempre las víctimas. Tienen licencia para menospreciar, vejar y acosar, así como para presentarse como mártires cuando el atacado se revuelve. Son como el verdugo que lloriquea ante un exabrupto del que va a ser decapitado mientras sostiene en sus manos la pesada hacha con la que hará rodar su cabeza.

No es nada sorprendente, por lo tanto, la reacción melodramática y ridícula de la izquierda tras la impostada indignación mostrada por Irene Montero



cuando una diputada de Vox expuso en el Congreso sus vínculos sentimentales con Pablo Iglesias como causa de su cargo en el Ministerio. Algo que los predicadores de la corrección política consideran intolerable y fuera de lugar, aunque el aludido hubiese empleado términos similares años atrás para re-

ferirse a una exalcaldesa de Madrid. Una pena que sus radares para localizar discursos de odio no estuviesen activos cuando Rufián afirmó, desde la misma tribuna, que con la despenalización de la sedición les han quitado el juguete a los jueces fascistas.

Pero la victimización política no solo es una tapadera para desviar el foco de los temas realmente importantes: es su eslogan fundacional y el instrumento sobre el que están conformando una nueva forma de represión y censura, que utiliza la perspectiva de género como coartada. Una herramienta óptima para colonizar las instituciones e instrumentalizarlas con el fin de aprobar leyes y financiar campañas públicas que criminalizan al varón, desprestigian a los jueces y señalan a españoles de a pie.

Mientras Podemos y sus terminales mediáticas nos obligan a soportar linchamientos casi diarios a presentadores, periodistas, youtubers, magistradas o incluso a ciudadanos anónimos, por el mero hecho de que sus discursos u opiniones se desmarcan de los dogmas de la perspectiva de género, Irene Montero se ha erigido en la musa del victimismo, convirtiéndose en el objeto de edulcorados y lacrimógenos homenajes. Una de sus últimas apariciones ha sido ante las cámaras de la televisión pública española, donde se ha afanado en explicar que «la violencia política no es un insulto puntual, es una estrate-

gia continuada por la cual, desde muchos altavoces, durante muchos días, meses y años se lleva a cabo una estrategia de destrucción personal de la persona».

Tiene narices que la ministra se rasgue así las vestiduras por las críticas a su incompetencia tras evidenciarse las nefastas consecuencias de la aplicación de la ley del solo sí es sí. Debía de esperar aplausos mientras las rebajas de condenas y excarcelaciones de agresores sexuales se suceden, tras haber ella rechazado categóricamente que algo así pudiera acontecer y tildando a las advertencias de «propaganda machista».

Pero lo más indignante de toda esta operación para transformar a Irene Montero en mártir es que transcurre de forma coetánea a una lapidación pública emprendida por el Ministerio de Igualdad para propiciar la muerte civil de Pablo Motos, presentador de un programa de entretenimiento, por no res-



petar los cánones de la inquisición feminista. Se han sumado al linchamiento no solo los sospechosos habituales del Congreso, sino también ese vertedero de activistas en el que se ha transmutado buena parte del periodismo. Exactamente la misma estrategia que denunciaba sufrir Irene Montero en el programa de RTVE, solo que como al señalado se le acusa de machismo, la violencia política es descartada: el

patriarcado merece ser aleccionado.

«No señales y no serás señalado», proclaman sin pudor para justificar impudicamente su abierta invitación a la autocensura. Mas me permito advertirles a todos éstos que, contrariamente a lo que ellos asumen, los límites de la crítica admisible son más amplios respecto a los cargos políticos que para los particulares. Tal y como nos recuerda la jurisprudencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, los primeros se exponen a un control minucioso de sus actuaciones y actitudes por parte de periodistas y ciudadanos, debiendo en estos casos interpretarse las excepciones a la libertad de expresión de una forma más restrictiva.

Personalmente, me preocupa que los ataques zafios y barriobajeros de índole personal por parte de quienes ostentan cargos de poder ya no solo se dirijan contra otros políticos –algo que ya de por sí degrada la calidad democrática del país–, sino que hayan puesto en su diana a los españoles. Cualquiera de nosotros que ose mostrarse crítico con este nuevo catecismo laico y autoritario travestido de feminismo puede ser el siguiente. Como país, no nos podemos permitir normalizar que, desde las instituciones, se acometan linchamientos a ciudadanos de forma recurrente, costeados con dinero público.

Secuestro del Parlamento

Rafael Nieto (*El Correo de España*)

Aunque muy pocas cosas nos puedan ya sorprender (tal es el grado de locura que caracteriza nuestro tiempo), lo ocurrido ayer en la sede de la soberanía solamente puede ser calificado como un auténtico secuestro del Parlamento por parte del PSOE, a través de la presidencia del Congreso de los Diputados.

Hasta ahora, y especialmente en los últimos años, se han visto sesiones tensas, de gran dureza verbal, con graves descalificaciones y acusaciones, pero nunca la presidencia de la Cámara Alta se había atrevido a quitar la palabra a un diputado (en este caso, Patricia Rueda) por decir simple y llanamente la verdad, una verdad que no niegan ni los destinatarios de sus palabras.



Decir que los miembros de Bildu son filoetarras es similar a decir que los de Podemos son comunistas, los de ERC separatistas, o los del PP liberal-reformistas. Es una pura evidencia, tan innegable e indiscutible como que la Tierra es redonda. Insisto, no creo ni que los mismos diputados de Bildu se sientan insultados por la palabra «filoetarras», que significa, literalmente, «amigos de ETA». De hecho, son tan amigos de los etarras que están trabajando para lograr los mismos fines que ellos, pero sentados en la sede de la soberanía. ¡Que tiene bemoles!

Tras lo ocurrido la semana pasada en el Congreso, con las lágrimas de cocodrilo de Irene Montero y su performance casposa, era evidente que socialistas y comunistas iban a seguir tensando el debate en la Cámara Baja, y haciendo un uso ilegítimo de la presidencia, que debe tener un inalterable carácter institucional. Es realmente repugnante ver cómo la sucia ideología marxista se infiltra en las más altas instituciones, convirtiendo poco a poco la democracia en un ensayo totalitario que remite inevitablemente a Cuba, Nicaragua o Venezuela, los referentes de Sánchez y sus socios.

En realidad, acabaríamos antes si diésemos por finiquitado y enterrado el Estado de Derecho, y nos fuésemos acostumbrando a lo que vimos ayer: el presidente en funciones del Congreso actuando no en virtud del altísimo cargo que ocupa, sino como un vulgar frente-populista, como un agitador más, haciendo de la ideología criminal socialista una norma de obligado cumplimiento para poder hablar.

Esto es, no lo duden, secuestrar la sede de la soberanía, aunque sea un secuestro que han consentido, con su silencio cómplice, el resto de fuerzas políticas. Y ante semejante atropello institucional, lo único que cabe es actuar con la máxima contundencia para detener esta deriva totalitaria. Si ya se atreven a impedir el uso de la palabra en la tribuna de oradores del Congreso, es fácil imaginar cuáles serán los siguientes pasos que intentarán dar.

Hungría, la centinela de Europa

Tener razón contra todo pronóstico, ver crecer la hierba antes que los demás, mirar la luna cuando otros miran el dedo que la señala. Éste parece ser el sino de este país, y de Europa central en general

Rodrigo Ballester (*Fundación Disenso/El Manifiesto*)

4 de noviembre, Hungría conmemora el alzamiento de Budapest de 1956 contra el yugo soviético y su sangrienta represión. Con la solemnidad de los que no olvidan lo trágica que es la historia, rinden homenaje a los héroes que empuñaron las armas y pusieron contra las cuerdas a la todopoderosa Unión Soviética que ocupaba el país a través de un gobierno títere de apparatchiks. Efímera esperanza, apenas unos días, lo que tardó Moscú en mandar los tanques y reprimir las ansias de libertad con su brutalidad habitual.

La revolución fracasó, pero la llama prendió. Los húngaros fueron los primeros en derramar sangre para denunciar la siniestra realidad del totalitarismo soviético. Así, plantaron la semilla de la Primavera de Praga de 1968 y dieron aliento a los obreros de los astilleros de Gdansk cuyas huelgas serían el principio del fin de la pesadilla comunista. Hungría fue pionera. Instintivamente, a contracorriente, el país sintió que el viento de la Historia no soplaba en la dirección que otros daban por hecha.

Tener razón contra todo pronóstico, ver crecer la hierba antes que los demás, mirar la luna cuando otros miran el dedo que la señala. Tal parece ser el sino


de este país, y de Europa central en general, cuya situación geográfica a caballo entre Oriente y Occidente y un pasado trágico les han dotado de un sexto sentido geopolítico y de la capacidad de resistir las embestidas de los que, por comodidad, interpretan el presente bajo las luces cortas de la ideología.

Dogmas, sentimentalismo, eslóganes y cortoplacismo: receta infalible del fracaso histórico y, a la vez (trágica paradoja) modus operandi de éste Occidente



que de tanto desear el fin de la historia se empeña en suicidarse a fuego lento. En estos tiempos de confusión y cacofonía, la voz de Hungría sigue siendo la de la centinela que vigila y alerta. Orbán mira al mundo con la lucidez de sus antepasados, asume el papel ingrato de intuir peligros existenciales en tiempos de amnesia y ofrecer diagnósticos certeros cuando otros se regodean en el postureo moral. Casandra para los ciegos, profeta para los cautos, el Primer Ministro húngaro lleva doce años poniendo el dedo en varias llagas que retratan la ceguera de las élites políticas y mediáticas.

Como muestra, cuatro ejemplos:

- El primero, la **migración ilegal y masiva**, y sus desastrosas consecuencias en los países de acogida. Innegable el nexo entre migración sin control y delincuencia. Como lo es el impacto cultural de una integración fallida que acaba en sociedades paralelas en los territorios perdidos de la *République* o en los suburbios suecos. La trata de seres humanos es de los tráficos más lucrativos, millones de ciudadanos expresan su indignación y su hartazgo, y... nada: las élites siguen narrando el cuento de la inmigración como si fuera solo una oportunidad, una fatalidad histórica y el único modo de pagar las pensiones.
- 
- El segundo, la otra cara de la misma moneda, es **el invierno demográfico** de toda una civilización que de tanto ahogarse en un derroche de prosperidad ha perdido el instinto de supervivencia. Anestesiada, subcontrata su continuidad de hoy para cavar con más ahinco su tumba de mañana. No se alarma por su extinción, la celebra, la anhela, la promueve en nombre del totem del cambio climático y de la culpa histórica, del hombre blanco.
 - El tercero, **la defensa de la nación**. La geopolítica no engaña: la guerra de Ucrania es una prueba más de que la nación es el marco de convivencia por excelencia y de que la «globalización feliz» es fuente de fragilidad y de zozobra. Para navegar por aguas convulsas, el interés nacional, la soberanía y las raíces son brújulas mucho más certeras que los tan manidos como vacíos valores universales. Aun así, el reflejo de Pavlov globalista sigue imponiendo sus dogmas y erosionando las naciones con la excusa de cualquier crisis.
 - El cuarto, **la importancia de las ideas** en un escenario de guerra cultural descarnada. El wokismo y su reguero de delirios no es una moda pasajera ni una edad del pavo del mundo occidental. Es una ofensiva ideológica de tintes totalitarios que al albur de las nuevas tecnologías, vectores de inmediatez, amnesia y de histeria emocional, amenaza nuestras libertades y nuestro legado. Ideas funestas que solo pueden combatirse con ideas, no con bajadas de impuestos o controlando la inflación. Y dando en serio la

batalla cultural por tierra, mar y aire, es decir, en los medios de comunicación, en la educación y en la cultura. Porque no es lo mismo estar en el gobierno, que estar en el poder, y el tsunami woke está aquí para recordarnos que su hegemonía es la consecuencia directa de la pusilanimidad y la pereza de una derecha ideológicamente castrada.

Salvo que Orban, de castrado tiene poco, de visión estratégica anda sobrado y tampoco le falta energía para convertir ideas en políticas concretas y ambiciosas. En 2015, fue el primero en plantarse ante la ceguera migratoria de Europa. Desde hace una década ha puesto en marcha unas políticas familiares que poco tienen que envidiar a la de los países nórdicos y cuyo centro de gravedad no es la «igualdad», es la natalidad. Su brújula política es defender, erre que erre, el interés de la gran mayoría de sus compatriotas, frente a las obsesiones supranacionales, la agenda de las élites urbanas y los caprichos de las minorías de nuevo cuño. Y, finalmente, libra la guerra de ideas en todos los campos de batalla, sin pedir disculpas por disputar a la izquierda hegemónica lo que ésta considera patrimonio exclusivo por derecho propio.



Una altura de miras y una sinceridad por la que Hungría (y Polonia, todo sea dicho) pagan un precio cada vez más elevado en forma de presiones políticas, calumnias mediáticas y chantaje financiero. Porque ser una centinela no es solo un papel ingrato, es también una cuestión de valentía y de aplomo. Cualidades que brillan por su ausencia entre las clases dirigentes europeas, pero que se palpan con claridad en Europa central. En particular en Hungría, ya sea en 1956, o, salvando las distancias, sesenta años más tarde.

¿Estamos ante el fin de la Cristiandad?

«Nuestra civilización cristiana, nacida de una fusión de lo griego, lo romano y lo judío, hija de Atenas, de Roma y de Jerusalén, se está convirtiendo en otra cosa»

Miguel Ángel Quintana Paz (*ElSubjetivo*)

Director académico y profesor en el Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP) de Madrid.

Además de sus 246 clases de queso y sus mucho más numerosos chistes sobre belgas, otra cosa caracteriza a los franceses: su afición a los debates intelectuales. Y hay uno que florece entre ellos desde hace un año.

Todo empezó con el libro de la filósofa Chantal Delsol *El final de la Cristianidad: la inversión normativa y la nueva era*, publicado en octubre de 2021. Allí se planteaba una duda que, en forma novelística, llevaban meditando autores

como Michel Houellebecq desde hace tiempo: ¿qué es lo que le sucederá a Europa cuando deje de lado su inspiración cristiana?

Aquí es precisa una aclaración. Cuando Delsol y otros autores hablan (hablamos) de final de la Cristiandad (una civilización), no nos referimos a que se haya acabado el cristianismo (una religión). De hecho, el cristianismo como fe goza en el mundo actual de una cierta lozanía. Se cifra en prácticamente un tercio de nuestros congéneres el número de los que la profesan, lo que la convierte en la religión con más adeptos de nuestro planeta. Y las proyecciones de futuro tampoco son malas: según el Pew Research Center, para el año 2050 seguirá gozando de tal posición, con más de 3.000 millones de creyentes.

¿Qué es entonces esa Cristiandad, diferente al mero cristianismo, de la que sí preocupa su posible final? El modo más rápido de explicarlo es decir que se trata de una civilización: aquella en que las ideas cristianas tienen la hegemo-



nía, y por tanto marcan a rasgos generales la política, las costumbres, la moral, el arte, las tradiciones... Uno puede ser (de religión) cristiano sin vivir en una civilización cristiana (sin vivir en la Cristiandad), sino en una cultura islámica, china, hindú... Y, a la inversa, una civilización puede ser

cristiana sin que todos, o ni siquiera muchos, de sus miembros lo sean: basta con que sus leyes, sus fiestas, su literatura, sus virtudes se vean iluminadas por los principios de tal fe.

Esto es lo que, según Chantal Delsol y otros, ha dejado de ocurrir a nuestro alrededor. Nuestra civilización cristiana, nacida de una peculiar fusión de lo griego, lo romano y lo judío, hija de Atenas, de Roma y de Jerusalén, se está convirtiendo en otra cosa.

«Los fundamentos del judeocristianismo se han derrumbado» escribía hace poco esta filósofa en *Le Figaro*. «El primero es la fe en la existencia de la verdad, que nos llega de los griegos». En tiempos de relativismo, de posverdad, en que recurrir a la verdad en una argumentación resulta «antidemocrático», esta diagnosis no parece desatinada.

También hemos perdido, según Delsol, «la idea de progreso», típica de la mentalidad judeocristiana (la inmensa mayoría de civilizaciones ven el tiempo como algo cíclico, repetitivo, no como algo que evoluciona hacia un mejor fin). El anuncio de catástrofes climáticas, pandémicas, la progresiva destrucción de la clase media, la falta de un futuro ilusionante para nuestros jóvenes, la sucesión de crisis económicas... todo ello corroboraría, asimismo, el balance de nuestra autora. El progreso ya solo es un fantasma para muchos.

«Por último», añade ella, «se ha borrado la fe en la dignidad sustancial del ser humano, para dar paso a una dignidad conferida desde fuera, social y no sustancial, como ocurría antes del cristianismo». Los seres humanos ya no tenemos un valor absoluto por nosotros mismos, sino el que nos dé el Estado: las leyes sobre el aborto, a juicio de Delsol, son bien significativas a este respecto. Tu vida vale tanto como unos políticos digan que vale. También las leyes de eutanasia son ilustrativas: si eres un tipo sano y en la flor de la vida, productivo, no te ayudaré a suicidarte, nos dice el Estado; espabila y vuelve a trabajar. Ahora bien, si andas pachucho y quizá eres ya un tanto viejo, si me supones un enorme gasto, entonces ¡tranquilo! Te daré todas las facilidades posibles para que te quieras morir. Y luego te daré el empujoncito final (un empujoncito de jeringuilla) para rematarte.

¿Qué es lo que viene tras la Cristiandad, entonces? Para Delsol, a diferencia de Houellebecq, no es el islam: en su opinión, con el tiempo, los musulmanes europeos estarán tan secularizados como sus pares cristianos.

Lo que llega es más bien una nueva forma de paganismo (algo que, por cierto, ya advirtiera Joseph Ratzinger tiempo ha). Por ejemplo, poco a poco la Madre Naturaleza se está convirtiendo en una nueva diosa que exige nuestros sacrificios (reduzcamos



nuestra población, hagamos pasar frío a la que quede, empobrezcámonos para dañar lo menos posible al medioambiente). Nuestro mundo presente se hace sagrado y nos exige que le paguemos un precio. El ser humano ya no es especial, sino un animal más; acaso un virus que, de hecho, resulta demasiado destructivo dentro de esa Naturaleza sacra. Y como tal merecerá ser tratado.

Otro rasgo de nuestro nuevo entorno pagano, según Delsol, es su politeísmo. Algo que acarrea una que plurales sean los mitos, las narrativas, los «relatos». Todo está permitido, ¡salvo pretender que tu mito sea una verdad válida para todos!

Bien es cierto que al final habrá que aplicar una política u otra: a veces el poder verá necesario imponer un relato por encima de los demás, y entonces se recurrirá a la fuerza. En el mundo pagano antiguo, la fuerza de las armas; en el paganismo actual, la fuerza de los votos. Cuando Felipe González aseveraba hace unos días que «en democracia, la verdad es lo que los ciudadanos creen que es verdad», reproducía fielmente la epistemología de nuestro tiempo. Por eso resulta ridículo llamar una y otra vez «mentiroso» a Pedro Sánchez. En nuestro mundo de «múltiples perspectivas», lo que él hace es solo darnos una más, con el plus que le otorga ser el que manda y, por tanto, el que puede imponerla.

Adiós a la Cristiandad, hola al neopaganismo: este es el diagnóstico de Chantal Delsol que se está debatiendo en Francia y, desde hace unos días (recién

traducido allí su ensayo), en Italia. Y lo primero que cabe decir es que sin duda atrapa rasgos bien genuinos de nuestro tiempo.

Pero ¿tiene toda la razón? ¿Podemos dar ya por muerta la Cristiandad, y prepararnos para un tiempo en que el cristianismo sobreviva, sí, en sus iglesias y sus grupos de catequistas y sus retiros espirituales, pero haya dejado de marcar esa Europa que lleva marcando los últimos 1.700 años? ¿Debe el cristianismo ser ya solo una cosa de a quién rezas? ¿De si llevas o no una cruz al cuello? Y eso, ¿en vez de unas ideas que marquen la mentalidad, la política, la cultura, el arte de nuestros países?

Lo primero que hay que decir es que esta hipótesis del final de la Cristiandad complacería sobremanera a muchos cristianos. Lo segundo que queremos decir



es que somos muchos (cristianos y no cristianos) los que nos queremos oponer a ella. Vamos por partes.

El fin de la Cristiandad complacerá sobremanera a lo que podríamos llamar «cristianos burgueses»: esos que se conforman con que les dejen rezar a Dios en sus capillas y llevar a sus hijos a

coles católicos, para que no les enseñen demasiadas de las barbaridades que los gobiernos europeos están imponiendo. Para estos cristianos, dar la batalla cultural más allá de las verjas de sus chalés les parece demasiado belicoso y, por qué no decirlo, un tanto cansadete. Se vive mucho más tranquilo en tu jardín, leyendo encíclicas papales y hablando del amor universal. Al fin y al cabo, como ironizaba Mingote, al cielo seguiremos yendo los de siempre. Por eso es para ellos una buena nueva lo del fin de la Cristiandad: ya no deben ensuciarse con el barro de fuera de sus urbanizaciones y sus parroquias, ya no deben intentar cambiar las leyes de su país y, ¡ay!, arriesgarse a caer mal a sus amigos progres; si la Cristiandad ha acabado, el cristianismo vuelve a ser una cosita privada que tan reconfortante resulta en las tardes de otoño junto a la chimenea.

El fin de la Cristiandad complacerá sobremanera también a los «cristianos progres»: esos que creen que la Iglesia es, sobre todo, una ONG más, desde la cual abundar en los mismos proyectos que la nueva civilización que viene nos impone: ecologismo, feminismo, inmigracionismo, animalismo, elegetebeismo, wokismo... en suma, progresismo. Para estos cristianos, plantear lo cristiano como una civilización alternativa a la que se está imponiendo resulta absurdo: ¡es tan bueno esto que hoy se nos impone! De hecho, es la vieja Cristiandad (la de Constantino y Recaredo, la de los Reyes Católicos y Felipe II) la que les da un poco de vergüencita a estos cristianos progres: ¡eran tan belicosos todos esos señores! O, mejor dicho: ¡todos esos señores! Qué bueno que por fin se ha acabado ese anhelo cristiano de crear una civilización dife-

rente (con todo lo que implica: leyes, instituciones, castigos, defensa, armas...) y podemos por fin someternos a una civilización inclusiva y tolerante. Hace ya cerca de un siglo que Vladímir Soloviov o Robert Hugh Benson nos advirtieron de que muchos cristianos acabarían pensando así; más de reciente, otro francés, Philippe Muray, nos avisó de lo mismo.

Por último, y no está mal recordarlo a dos años de inaugurado entre nosotros el debate en torno a «dónde están los intelectuales cristianos», el fin de la Cristiandad parece que complacerá sobremanera también a nuestros obispos. Nuestros obispos, esos que siguen manteniendo unas clases de Religión donde se enseña mucho a hacer murales por la paz, pero poca religión; esos que siguen promocionando unos colegios católicos en que se enseña mucho la importancia de la resiliencia, pero poca historia del cristianismo; y esos que siguen financiando unos medios de comunicación en que se nos cuenta mucho lo mal que va la economía con el PSOE, pero se aprovecha poco su inmenso alcance para comunicar el legado cristiano. ¿No parece nuestro episcopado convencido de que la Cristiandad se ha terminado y, por tanto, su misión no es algo tan elevado como sostener una civilización cristiana, sino cosas más prosaicas? Cosas como pagar su sueldo a los profes de Religión, sostener una red de centros educativos, y dar trabajo a periodistas que nos cuenten quién es el nuevo arcipreste de alguna diócesis remota, para pasar luego a retransmitirnos algún partido del Mundial de fútbol lleno de tacos. En este marco, la tesis de Delsol resultará episcopalmente reconfortante para limitarse a tan tranquilos empeños. De hecho, ya la avanzó el papa Francisco.



Si tantos cristianos se alegran, pues, del fin de la Cristiandad; si además, como es lógico, numerosos anticristianos se regocijan también de que una religión, tan nociva a su juicio, deje de marcar nuestra cultura; entonces, ¿resta alguien que pueda mantener las constantes vitales de esa mezcla entre Atenas, Roma y Jerusalén que dio lugar a lo que somos o, al menos, a lo que hasta ahora éramos? ¿O solo quedan ya bondadosos sanitarios dispuestos a practicarle la eutanasia a nuestra vieja civilización?

Lo cierto es que, así como hay traidores, también hay aliados inesperados en esta batalla. Pues no solo muchos cristianos, sino también copiosos no creyentes, están dispuestos a mantener esta creación maravillosa que ha sido la Cristiandad. Son compatriotas que van más allá de Benedetto Croce: así como este (agnóstico) filósofo italiano aseveraba que no podíamos sino llamarnos cristianos, son hoy muchas las personas que no quieren sino llamarse cristianas, al menos en términos culturales. Porque prefieren una civilización cristiana a una pagana, islámica, wokista o comunista. Porque piensan que Recaredo o Carlos V acertaron. Porque quieren conservar el aprecio griego por la verdad, el respeto romano por la sensatez jurídica, la convicción judía del valor

inmenso de cada individuo. Y saben que eso debe plasmarse en leyes, instituciones, fuerzas públicas. No en meros sueños opiáceos.

Luego irán a misa o no; escucharán los discursos del papa o no; pondrán o no la X en la casilla de la Iglesia católica. Pero sabrán que la partida que hoy se juega es algo más elevado que todo eso.

Cuenta el libro de Josué que, para vencer a la ciudad de Jericó, los israelitas se vieron con la ayuda inesperada de la prostituta Rahab; una mujer tan importante para la preservación de su pueblo, que incluso será luego tatarabuela del rey David... o de Jesús de Nazaret.

Y es que no siempre son los más puros los que conservan una civilización. De hecho, el afán de pureza a menudo te recluye tras las vallas de tu jardín burgués, entre las oenegés de los bondadosos o dentro de los palacios episcopales.

No es pureza, sino valentía, lo que salva una civilización.

Salvar al soldado Salvadó

Que se use un puesto de tanta relevancia para darle salida a un procesado y que pueda irse del Parlament antes de que lo obliguen a hacerlo es una obsesión política insoportable

Ignacia De Pano (*Vozpópuli*)

Al vicesecretario de Coordinación interna de ERC, Josep Lluís Salvadó, uno de los investigados por la organización del referendun del 1 de octubre de 2017, se le habían puesto las cosas muy difíciles desde que la semana pasada el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña acordara llevarlo a juicio por prevaricación, malversación, desobediencia y revelación de secretos. Considera el Tribunal que Salvadó, que en 2017 era secretario de Hacienda del Departamento de Economía y uno de los integrantes del núcleo duro del vicepresidente Oriol Junqueras, fue uno de los arquitectos del referendun ilegal que pretendía romper los vínculos constitucionales con España.

Las acusaciones apuntan también a que recibió el encargo expreso de la presidencia de la Generalitat de diseñar las estructuras de estado y conseguir las fuentes de financiación suficientes para garantizar la viabilidad de la futura república. En los próximos días, la fiscalía presentará su escrito de acusación contra él y sabremos entonces a qué penas se enfrenta, si es que las penas contra el golpismo independentista siguen teniendo algún reflejo en el Código Penal, de lo que vamos dudando cada vez más.

Se le habían puesto a Salvadó las cosas muy difíciles porque, siendo miembro del Parlament desde 2012, podría verse afectado por una futura inhabilitación que le obligaría a dejar su acta de diputado. De ahí que Esquerra se haya lanzado a salvar al soldado Salvadó y a buscarle nuevo acomodo antes de que tenga que dejar su actual cargo. Ningún puesto mejor que la presidencia del

Puerto de Barcelona, uno de los sillones clave en las estructuras de poder de Cataluña.

Damiá Calvet, el hasta ahora presidente, es de la esfera de Junts y con la salida de su partido del Ejecutivo catalán no ha tenido más remedio que poner el cargo a disposición del nuevo conseller de Territorio, eso sí, dejando entrever que estaría encantado de seguir en la poltrona. Pero no, Calvet, se te agradecen los servicios prestados pero te vas a casa porque necesitamos un sitio donde colocar a Salvadó, y si además va acompañado de un sueldo de 115.000 euros al año, pues mucho mejor.

Y así nos encontramos con un procesado por cuatro delitos que, debiendo estar en la vida privada preparando su defensa va a ser nombrado presidente del Puerto comercial más importante de España. Ya no hablamos de los conocimientos específicos necesarios para gestionar una infraestructura de tales dimensiones y características, porque todos sabemos que de eso se ocupan los técnicos que soportan estoicamente la rotación de cromos en la cumbre,



pero que se use un puesto de esa categoría para darle salida a un procesado y que pueda irse del Parlament antes de que lo obliguen a hacerlo es una obscenidad política insoportable.

Recordaba el periodista Xavier Rius que Gabriel Rufián, compañero de partido del

procesado, había dicho en un debate electoral que Esquerra «quería un país sin puertas giratorias». Pues para no quererlas, ahí las tienen a su servicio, dando más vueltas que las de la terminal 1 del aeropuerto del Prat en hora punta.

Y por si las razones éticas no fueran suficientes para denunciar este nombramiento, están también, y no menos importantes, las estéticas. Hace cuatro años, salieron a la luz unas conversaciones del futuro presidente portuario con un interlocutor desconocido. Querían encontrar una mujer que pudiera ser nombrada consejera de Sanidad de la Generalitat y el interlocutor de Salvadó se quejaba de que era muy difícil encontrar mujeres capacitadas para ejercer cargos importantes. Salvadó le contestó lo siguiente, y me permitirán ustedes la cita textual: «Pues mira, a la que tenga las tetas más gordas y ya está Y te quedas tan ancho».

Tan ancha se ha quedado Esquerra como nosotros abochornados al nombrar a un personaje capaz de pensar estas cosas y lo que es peor, verbalizarlas, para un cargo de tanta entidad. Se demuestra una estrepitosa falta de respeto a las instituciones y a cuanto que representan.

En estos mismos días, Rufián salía en defensa de Irene Montero en las Cortes tras la intervención de la diputada de Vox Carla Toscano, y como en el caso de su alegato contra las puertas giratorias, los usos y la práctica de su partido

ha venido a desmentirle una vez más. Debería darle vergüenza, pero tengo la seguridad de que le da igual.

Congreso sobre Antonio Cánovas en el CEU

Aznar: «Hoy España está en una encrucijada, en una crisis constitucional»

La Fundación CEU San Pablo inaugura en Madrid un Congreso Internacional de dos días centrado en la figura del político Antonio Cánovas del Castillo

José Barros (*El Debate*)

Coincidiendo con el 125 aniversario del fallecimiento de Antonio Cánovas del Castillo, la Fundación CEU San Pablo ha organizado un segundo Congreso Internacional en torno a la figura del gran político conservador del siglo XIX español. Decimos «segundo», porque el primer Congreso, coincidiendo con el 100 aniversario de la muerte del político malagueño, también se organizó en la Universidad CEU San Pablo en el año 1997.

La primera intervención correspondió a Alfonso Bullón de Mendoza, quien recordó en sus palabras inaugurales que, de la misma manera que Manuel Fraga estuvo presente en aquel I Congreso Internacional de los años noventa, ahora, en el 2022, la Fundación CEU San Pablo se honra igualmente con la presencia de José María Aznar. Bullón de Mendoza también quiso transmitir un gesto de agradecimiento hacia los familiares descendientes de Antonio Cánovas, allí presentes. El siguiente en tomar la palabra ha sido Carlos Gregorio Hernández, Profesor de Historia del CEU y uno de los directores de este Congreso.



«¿Por qué estudiar hoy a Antonio Cánovas del Castillo?». Esta es la pregunta que trató de responder el Profesor Hernández en su intervención. «Fue el alma del restablecimiento de la monarquía, gracias precisamente a que fue capaz de superar los bamboleos que agitaron España desde 1808», afirmó el Profesor del CEU, recordando al mismo tiempo a los políticos –Aznar, allí presente, el antes citado Fraga– y académicos –Comellas, Díez del Corral– que han mostrado a lo largo del tiempo su resuelta admiración hacia el protagonista del Congreso.

Roberto Villa, profesor de Historia en el la Universidad Rey Juan Carlos, también director de este Congreso, ha sido el segundo en intervenir. «¿Por qué volver a Cánovas en 2022?», se preguntó en voz alta y ante los presentes el Profesor Villa, para afirmar que «siempre» hay un retorno a Cánovas, especialmente en los momentos de crisis y, por tanto, de necesaria estabilización

constitucional. Villa citó a Azaña, Marañón o Escohotado para señalar a políticos y pensadores ideológica o vitalmente muy alejados de Cánovas pero que, sin embargo, no han dudado en mostrar a lo largo del tiempo su respeto y admiración hacia quien «para muchos es el gran político español de la Edad Contemporánea». Frente a cierta fama de pesimista, de escéptico, incluso de cínico, Villa reivindicó los principios que, a su juicio, guiaron la acción política de Cánovas: la unidad de España, la monarquía, las Cortes y los partidos políticos articulados en un sistema de libre concurrencia. El profesor Villa cree que estos principios, que pueden etiquetarse como «liberalismo» o «constitucionalismo», siguen plenamente vigentes en la actualidad.

José María Aznar, expresidente del Gobierno, y doctor honoris causa por la Universidad CEU San Pablo, fue el siguiente en subir al atril de los ponentes. «Mi vocación política se despertó con la Transición; la puse al servicio del régimen constitucional alumbrado entonces; y soy un convencido partidario de la Constitución del 78 y de la Monarquía parlamentaria como garantías de futuro», reconoció el propio Aznar, remitiéndose a sus primeros pasos en la vida política.



«Hoy España está en una encrucijada. Podemos calificar la situación de muchas formas. Probablemente, la expresión “crisis constitucional” no le venga grande». De este modo Aznar, que, como presidente de la Fundación FAES, incorpora el legado de la Fundación Cánovas, dio el un salto al presente más político: «Si atendemos a la fragmentación del sistema de partidos, al clima de polarización, al cuestionamiento del fundamento histórico de nuestra convivencia o a las crecientes cuotas de poder regaladas a los enemigos declarados del orden constitucional, creo que mi premisa no es desorbitada».

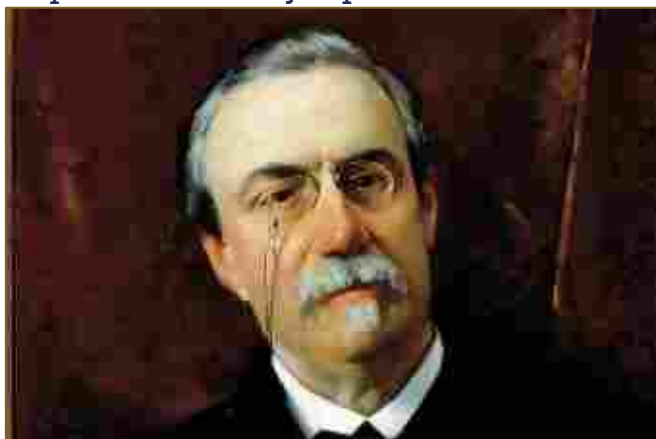
Acto seguido, señaló que el ejemplo del político del siglo XIX puede servir para afrontar los problemas de convivencia de los españoles: «En nuestra encrucijada –que tanto tiene de “nudo histórico”, la atención que dediquemos a quien dijo de sí que venía a «continuar la historia de España», no será tiempo perdido», reflexionó el expresidente.

Aznar apuntó que «Cánovas encontró, a un lado, al carlista con el trabuco cargado, y, al otro, al republicano embozado en su capa de conspirador y nada dispuesto a pactar o transigir. Pero Cánovas transigió, y lo hizo en la constitución de 1876», recordó Aznar, para señalar que dicha Carta Magna no estorbó

a nadie: «La Constitución de 1876 no sirvió de estorbo a nadie. Bajo su patrocinio gobernó bien quien pudo, y mal quien no supo. En esto también encuentro similitudes con la nuestra de 1978».

«Cánovas consumó su obra pacificadora porque maduró su plan durante mucho tiempo: un plan que era buscar el consenso, aplazando siempre maximalismos de programa para más adelante», señaló el expresidente del Partido Popular, recalando que el pragmatismo de Cánovas no era el de los pusilánimes, sino fruto de una idea madura de la política donde «lo que no es posible, es falso». Aquí citó la propia definición de Cánovas, quien señalaba que partiendo de unas «verdades-madre» muy escuetas, «la unidad nacional, la igualdad ante la ley, el respeto a la propiedad», todo lo demás era transigible. «Cánovas poseía el tipo de habilidad política que hoy tanto añoramos, la propia de los liderazgos fuertes, no las del endoso de responsabilidades a la que hoy estamos tan acostumbrados», reflexionó Aznar, realizando un indisimulado guiño al presente al apuntar que «el problema de ampliar y recomponer los consensos básicos, por desgracia, sigue acompañándonos».

«Ya no hay que construir el edificio de nuestra convivencia, pero en la tarea de preservarlo el ejemplo de Cánovas es más vivo que nunca», afirmó el



expresidente del Gobierno, recordando que «una nación ni se hace, ni se deshace, ni se improvisa en ningún referéndum; la española se evidencia con el peso de más de cinco siglos de trayectoria histórica».

Ya en el último tramo de su intervención, advirtió Aznar que «las democracias se cimentan en la lealtad nacional» y que «allí donde desaparece, la de-

mocracia difícilmente arraiga. Porque sin lealtad nacional, la disputa partidaria deviene desafío irreconciliable».

El presidente de FAES apuntó a continuación que Cánovas enseñó que «España no es una creación intemporal; como toda sociedad organizada, es, primero, un resultado histórico y, después, un programa de futuro. España no es invento; es herencia y proyecto». «La presencia aleccionadora de Cánovas resulta imprescindible en la encrucijada actual para reanudar, sin tropiezos, la Historia de España», concluyó.

Una breves palabras de agradecimiento del catedrático Bullón de Mendoza a los presentes en la sala sirvieron para concluir el acto.